

**EL IMPERIALISMO,  
FASE SUPERIOR DEL CAPITALISMO**  
(esbozo popular)

**V. I. Lenin**

El imperialismo, fase superior del capitalismo (esbozo popular)

V. I. Lenin

Traducción: Grupo de Traductores de la Fundación Federico Engels

Publicado y distribuido por:

Fundación Federico Engels

C/ Hermanos del Moral 33 bajo B. 28019 Madrid

Telf.: 914 283 870

[fundacion@fundacionfedericoengels.org](mailto:fundacion@fundacionfedericoengels.org)

[www.fundacionfedericoengels.org](http://www.fundacionfedericoengels.org)

## Índice

Prólogo

Prólogo a las ediciones francesa y alemana

I. La concentración de la producción y los monopolios

II. Los bancos y su nuevo papel

III. El capital financiero y la oligarquía financiera

IV. La exportación de capital

V. El reparto del mundo entre las asociaciones de capitalistas

VI. El reparto del mundo entre las grandes potencias

VII. El imperialismo, fase particular del capitalismo

VIII. El parasitismo y la decadencia del capitalismo

IX. La crítica del imperialismo

X. El lugar histórico del imperialismo

Referencias bibliográficas de Lenin

## VII. EL IMPERIALISMO, FASE PARTICULAR DEL CAPITALISMO

Intentaremos ahora hacer un balance, resumir lo dicho más arriba sobre el imperialismo. El imperialismo surgió como desarrollo y continuación directa de las características fundamentales del capitalismo en general. Pero el capitalismo solamente se convirtió en imperialismo capitalista cuando su desarrollo alcanzó un grado muy alto, cuando algunos de los rasgos fundamentales del capitalismo comenzaron a convertirse en su contrario, cuando tomaron forma y se revelaron las características de la época de transición del capitalismo a un sistema económico y social más elevado. Desde una perspectiva económica, lo esencial de este proceso es la sustitución de la libre competencia capitalista por el monopolio capitalista. La libre competencia es el rasgo fundamental del capitalismo y de la producción mercantil en general; el monopolio es exactamente lo opuesto a la libre competencia, pero vemos cómo ésta va transformándose ante nuestros ojos en monopolio, creando la gran producción y desplazando a la pequeña, reemplazando la gran producción por otra todavía mayor y concentrando la producción y el capital hasta tal punto, que de su seno ha surgido y surge el monopolio: los cárteles, los consorcios, los trusts y, fusionándose con ellos, el capital de alrededor de una docena de bancos que manejan miles de millones. Y al mismo tiempo, los monopolios, que surgen de la libre competencia, no la eliminan, sino que existen por encima y al lado de ella, engendrando así contradicciones, fricciones y conflictos agudos e intensos. El monopolio es la transición del capitalismo a un sistema superior.

Si fuese necesario definir el imperialismo lo más brevemente posible, deberíamos decir que el imperialismo es la fase monopolista del capitalismo. Tal definición incluiría lo más importante, pues, por un lado, el capital financiero es el capital bancario de unos pocos grandes bancos monopolistas fundido con el capital de las asociaciones industriales monopolistas y, por otro, el reparto del mundo es la transición de una política colonial que se extiende sin obstáculos a territorios que ninguna potencia capitalista se apropió todavía, a una política colonial de posesión monopolista de un planeta ya completamente repartido.

Pero las definiciones excesivamente breves, aunque convenientes dado que recogen lo esencial, son insuficientes si se quieren deducir otros rasgos muy importantes del fenómeno a definir. Por eso, sin olvidar el valor condicional y relativo de las definiciones generales, que jamás pueden abarcar todas las facetas y relaciones de un fenómeno en su desarrollo completo, conviene dar una definición del imperialismo que incluya los siguientes cinco rasgos básicos: 1) la concentración de la producción y del capital ha alcanzado un punto tan elevado de desarrollo, que ha creado los monopolios, decisivos en la vida económica; 2) la fusión del capital bancario con el industrial y la formación, sobre la base de este “capital financiero”, de la oligarquía financiera; 3) la exportación de capital, a diferencia de la exportación de mercancías, adquiere una importancia excepcional; 4) la formación de asociaciones capitalistas monopolistas internacionales, que se reparten el mundo; y 5) la culminación del reparto territorial del mundo entre las grandes potencias capitalistas. El imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en que se ha implantado el dominio de los monopolios y del capital financiero, en que la exportación de capital ha adquirido gran relevancia, en que los trusts internacionales han empezado a repartirse el mundo y en que ha terminado el reparto del planeta entre las grandes potencias capitalistas.

Más adelante veremos cómo el imperialismo se puede y se debe definir de otro modo, si además de

tener en cuenta los conceptos puramente económicos, básicos —a los cuales se limita la definición dada—, tenemos también en cuenta el lugar histórico de esta fase del capitalismo con respecto al capitalismo en general o la relación entre el imperialismo y las dos corrientes fundamentales del movimiento obrero. Lo que ahora hay que señalar es que, interpretado en dicho sentido, el imperialismo representa sin duda una fase particular del desarrollo del capitalismo. Para que el lector pueda formarse una idea del imperialismo lo más fundamentada posible, hemos procurado deliberadamente citar el mayor número posible de opiniones de economistas *burgueses*, que han tenido que admitir hechos particularmente incontrovertibles de la economía capitalista moderna. Con el mismo propósito hemos reproducido datos estadísticos detallados que permiten ver hasta qué grado ha crecido el capital bancario, etc., qué expresión concreta ha tenido la transformación de la cantidad en calidad, la transformación del capitalismo desarrollado en imperialismo. Por supuesto, no hace falta decir que todos los límites, tanto en la naturaleza como en la sociedad, son convencionales y cambiables, que sería absurdo discutir, por ejemplo, sobre el año o la década concretos en que el imperialismo quedó “definitivamente” establecido.

Pero sobre la definición del imperialismo nos vemos obligados, sin embargo, a polemizar con K. Kautsky, el principal teórico marxista de la época de la llamada Segunda Internacional, es decir, de los veinticinco años entre 1889 y 1914.<sup>KK</sup> Las ideas fundamentales expresadas en nuestra definición del imperialismo fueron vigorosamente atacadas por Kautsky en 1915, e incluso en noviembre de 1914, cuando afirmó que por imperialismo no hay que entender una “fase” o un estado de la economía, sino una política, la política “preferida” por el capital financiero; que no se puede “identificar” el imperialismo con el “capitalismo de nuestros días”; que si por imperialismo se entienden “todos los fenómenos del capitalismo actual” —cárteles, proteccionismo, dominio de los financieros y política colonial—, entonces la cuestión de si el imperialismo es necesario para el capitalismo se convierte en “la tautología<sup>LL</sup> más simplista”, puesto que entonces “el imperialismo es naturalmente una necesidad vital para el capitalismo”, etc. La mejor manera de expresar el pensamiento de Kautsky es citar su definición del imperialismo, diametralmente opuesta a la esencia de las ideas expuestas por nosotros (pues las objeciones de los marxistas alemanes, quienes desde hace años vienen defendiendo ideas semejantes, son ya conocidas desde hace mucho tiempo por Kautsky como objeciones de una corriente determinada del marxismo).

La definición de Kautsky dice así:

“El imperialismo es un producto del capitalismo industrial altamente desarrollado. Consiste en la tendencia de toda nación capitalista industrial a someter o anexionarse cada vez más regiones *agrarias* [el subrayado es de Kautsky], sin tener en cuenta a las naciones que las habitan”.<sup>85</sup>

Esta definición no sirve para absolutamente nada porque es unilateral, es decir, destaca arbitrariamente sólo la cuestión nacional (cuya importancia es enorme, tanto en sí misma como en su relación con el imperialismo), conectándola arbitraria y *erróneamente sólo* con el capital industrial de los países que se anexionan otras naciones, colocando en primer término, de la misma forma arbitraria y errónea, la anexión de las regiones agrarias.

El imperialismo es una tendencia a las anexiones: a esto queda reducida la parte *política* de la definición de Kautsky. Es correcta, pero muy incompleta, puesto que políticamente el imperialismo tiende, en general, a la violencia y la reacción. Pero lo que nos interesa aquí es el aspecto *económico* que el *propio* Kautsky introdujo en su definición. Las inexactitudes de la definición de Kautsky saltan a la vista. Lo característico del imperialismo *no* es el capital industrial, *sino* el capital financiero. No es casualidad que precisamente el desarrollo particularmente rápido del

---

<sup>KK</sup> El primero es el año de la fundación de la Segunda Internacional y el segundo, el de la total claudicación política de sus dirigentes ante la burguesía. (N. del T.).

<sup>LL</sup> La tautología consiste en repetir una misma idea de distintas formas. (N. del T.).

capital *financiero* en Francia, que coincidió con el debilitamiento del capital industrial, provocara, a partir de la década de los años 80 del siglo pasado, una intensificación extrema de la política anexionista (colonial). El rasgo característico del imperialismo es precisamente su tendencia a la anexión *no sólo* de territorios agrarios, sino incluso de las regiones más industrializadas (apetitos alemanes respecto a Bélgica, apetito francés por Lorena<sup>MM</sup>), porque, en primer lugar, dado que el reparto del globo ya está finalizado, un *nuevo reparto* obliga a echarle la mano a *toda clase* de territorios; en segundo lugar, es consustancial al imperialismo la rivalidad entre varias grandes potencias por hacerse con la hegemonía, es decir, para apoderarse de territorios, no tanto directamente para ellas mismas, sino para debilitar al adversario y minar *su* hegemonía (para Alemania, Bélgica tiene una importancia especial como base para sus operaciones contra Gran Bretaña; para Gran Bretaña, la tiene Bagdad para sus operaciones contra Alemania, etc.).

Kautsky se refiere en especial —y repetidamente— a autores ingleses, quienes, dice, le han dado una significación puramente política al término “imperialismo” tal como él la entiende. En *El imperialismo* de Hobson, publicado en 1902, leemos:

“El nuevo imperialismo se diferencia del viejo, primero, en que sustituye la ambición de un solo imperio en expansión por la teoría y la práctica de imperios competidores con idéntica ambición de expansión política y ganancia comercial; segundo, en la prevalencia de los intereses financieros o relacionados con la inversión de capital sobre los comerciales”.<sup>86</sup>

Vemos que Kautsky se equivoca al remitirse a los autores ingleses en general (en los únicos en que podría apoyarse sería en los imperialistas ingleses vulgares o en los apologistas declarados del imperialismo). Vemos que Kautsky, que pretende continuar defendiendo el marxismo, en realidad da un paso atrás respecto al *social-liberal* Hobson, quien es *más preciso* que él en lo tocante a dos particularidades “históricas concretas” (¡la definición de Kautsky es una burla a la concreción histórica!) del imperialismo moderno: 1) competencia entre *varios* imperialismos; y 2) el dominio del financiero sobre el comerciante. Si la cuestión es principalmente que los países industriales se apoderan de países agrarios, entonces el papel del comerciante es de primer orden.

La definición de Kautsky no es solamente errónea y no marxista; cimienta todo un sistema de concepciones que significan una ruptura en toda regla con la teoría y la práctica marxistas. Lo abordaremos más adelante. El debate que promueve Kautsky —sobre si la fase actual del capitalismo debe ser llamada imperialismo o fase del capital financiero— carece totalmente de sentido. Llamadlo como os plazca, es indiferente. Lo esencial es que Kautsky separa la política del imperialismo de su economía, hablando de las anexiones como la política “preferida” por el capital financiero, a la que opone otra política burguesa presuntamente posible, según él, sobre la misma base del capital financiero. Resulta, entonces, que los monopolios en la economía son compatibles con un comportamiento no monopolista, no violento y no anexionista en la política. Resulta que el reparto territorial del mundo, terminado precisamente en la época del capital financiero y que es la base de lo peculiar de las formas actuales de rivalidad entre los más grandes Estados capitalistas, es compatible con una política no imperialista. El resultado es que, en vez de poner al descubierto en toda su profundidad las más hondas contradicciones de la fase actual del capitalismo, se disimulan y ocultan; el resultado es reformismo burgués en lugar de marxismo.

Kautsky polemiza con Cunow, apologista alemán del imperialismo y las anexiones, quien de un modo burdo y cínico argumenta que el imperialismo es el capitalismo moderno; por tanto, el desarrollo del capitalismo es inevitable y progresista; por tanto, el imperialismo es progresista; por tanto, ¡hay que arrastrarse ante el imperialismo y glorificarlo! Este razonamiento se parece a la caricatura de los marxistas rusos que los populistas<sup>NN</sup> hacían por los años 1894-1895: si los

---

<sup>MM</sup> Región del noreste francés cuya posesión, junto con la vecina Alsacia, fue disputada repetidamente por Francia y Alemania en los siglos XIX y XX. (N. del T.).

<sup>NN</sup> Predecesores del partido eserista (ver nota “L”). (N. del T.).

marxistas consideran que el capitalismo es inevitable en Rusia y progresista, venían a decir, deben dedicarse a abrir tabernas para fomentar su implantación. Kautsky responde a Cunow: el imperialismo no es el capitalismo moderno, sino solamente una de las formas de la política del mismo; podemos y debemos luchar contra esa política, luchar contra el imperialismo, contra las anexiones, etc.

La respuesta parece bastante plausible, pero en realidad es una defensa más sutil y velada (y, por tanto, más peligrosa) de la conciliación con el imperialismo, pues una “lucha” contra la política de los trusts y de los bancos que no afecte a las bases de sus economías es mero reformismo y pacifismo burgueses, es la expresión benevolente de unos deseos inofensivos. Eludir las contradicciones existentes, olvidar las más importantes, en vez de ponerlas al descubierto en toda su profundidad: en esto consiste la teoría de Kautsky, que nada tiene que ver con el marxismo. ¡Naturalmente, tal “teoría” no tiene otro objetivo que defender la idea de la unidad con los Cunow!

“Desde el punto de vista puramente económico —escribe Kautsky—, no está descartado que el capitalismo pase todavía por una nueva fase: la aplicación de la política de los cárteles a la política exterior, la fase del ultraimperialismo”,<sup>87</sup> es decir, el superimperialismo, la unión de los imperialismos de todo el mundo, y no la lucha entre ellos, la fase del fin de las guerras bajo el capitalismo, la fase de la “explotación general del mundo por el capital financiero unido internacionalmente”.<sup>88</sup>

Más adelante tendremos que abordar esta “teoría del ultraimperialismo”, para mostrar en detalle hasta qué punto es una ruptura completa y decisiva con el marxismo. Pero para seguir con el plan general de este trabajo debemos examinar los datos económicos precisos sobre otra cuestión: “Desde el punto de vista puramente económico”, ¿es posible el “ultraimperialismo” o es un ultradisparate?

Si por punto de vista puramente económico se entiende una “pura” abstracción, todo cuanto podemos decir es lo siguiente: el desarrollo conduce al monopolio; por tanto, va hacia un monopolio mundial único, hacia un trust mundial único. Esto es indiscutible, pero al mismo tiempo es una completa vacuidad, como si se dijese que “el desarrollo va” hacia la elaboración de los artículos alimenticios en los laboratorios. En este sentido, la “teoría” del ultraimperialismo es tan absurda como una teoría de la “ultraagricultura”.

Ahora bien, si hablamos de las condiciones “puramente económicas” de la época del capital financiero como una época históricamente concreta, iniciada en los albores del siglo XX, la mejor respuesta a las abstracciones muertas del “ultraimperialismo” (que sirven exclusivamente a un fin de lo más reaccionario: distraer la atención de los profundos antagonismos *existentes*) es contraponerles la realidad económica concreta de la moderna economía mundial. Las disquisiciones sin sentido de Kautsky sobre el ultraimperialismo estimulan, entre otras cosas, la idea profundamente errónea, que arrima el agua al molino de los apologistas del imperialismo, de que el dominio del capital financiero *amortigua* la desigualdad y las contradicciones de la economía mundial, cuando en realidad lo que hace es *acentuarlas*.

R. Calwer, en su opúsculo *Introducción a la economía mundial*<sup>89</sup>, intentó resumir los principales datos puramente económicos que permiten obtener una panorámica concreta de las relaciones internas de la economía mundial a las puertas del siglo XX. Calwer divide el mundo en cinco “áreas económicas principales”: 1) Centroeuropa (toda Europa, a excepción de Rusia y Gran Bretaña); 2) Gran Bretaña; 3) Rusia; 4) Asia oriental, y 5) Norteamérica; incluye las colonias en el “área” de sus respectivos estados e “ignora” algunos países no asignados a ninguna área, como Persia, Afganistán y Arabia en Asia; Marruecos y Abisinia en África, etc.

Este es un breve resumen de los datos económicos de las áreas citadas, suministrados por dicho autor.

Principales regiones económicas del mundo	Superficie (en millones de kilómetros cuadrados)	Población (en millones)	Vías de comunicación		Comercio		Industria	
			Vías férreas (en miles de kilómetros)	Marina mercante (en millones de toneladas)	Exportación e importación (en miles de millones de marcos)	Extracción de carbón de piedra (en millones de toneladas)	Producción de hierro fundido (en millones de toneladas)	Número de husos de la industria textil algodonera (en millones)
Centroeuropa*	27,6 (23,6)	388 (146)	204	8	41	251	15	26
Británica*	28,9 (28,6)	398 (355)	140	11	25	249	9	51
Rusa	22	131	63	1	3	16	3	7
Asiático-oriental	12	389	8	1	2	8	0,02	2
Norteamericana	30	148	379	6	14	245	14	19

Vemos tres regiones con un capitalismo muy desarrollado (alto desarrollo de las vías de comunicación, el comercio y la industria): la centroeuropa, la británica y la norteamericana. Entre ellas están tres Estados que ejercen el dominio del mundo: Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos. La rivalidad imperialista y la lucha entre estos países se hallan extremadamente exacerbadas debido a que Alemania controla una región insignificante y pocas colonias; la creación de una “Europa Central” es todavía algo del futuro y se desarrolla a través de una lucha desesperada. De momento, el rasgo característico de toda Europa es la desunión política. En las áreas británica y norteamericana, por el contrario, la concentración política es muy alta, pero hay una gran desproporción entre la inmensidad de las colonias de la primera y la insignificancia de las de la segunda. Y en las colonias, el capitalismo sólo está empezando a desarrollarse. La lucha por Sudamérica se agudiza más y más.

\* Las cifras entre paréntesis indican la extensión y población de las colonias. (N. del A.).



Hay dos áreas de débil desarrollo capitalista: Rusia y Asia oriental. En la primera, la densidad de población es muy baja; en la segunda es elevadísima; en la primera, la concentración política es alta; en la segunda no existe. El reparto de China sólo acaba de empezar, y la lucha entre Japón, Estados Unidos, etc. cobra cada vez más intensidad.

Compárese esta realidad —la gran diversidad de condiciones económicas y políticas, la enorme disparidad en el ritmo de desarrollo de los distintos países, la violenta lucha entre los Estados imperialistas— con el cuento para niños de Kautsky sobre el ultraimperialismo “pacífico”. ¿No es esto el intento reaccionario de un pequeño burgués asustado que quiere esconderse de la cruda realidad? ¿Es que los cárteles internacionales, en los que Kautsky ve los gérmenes del “ultraimperialismo” (del mismo modo que uno “puede” calificar la producción de tabletas en un laboratorio como ultraagricultura embrionaria), no son un ejemplo de la partición y de un *nuevo reparto* del mundo, la transición del reparto pacífico al no pacífico, y viceversa? ¿Es que el capital financiero estadounidense y el de otros países, que se repartieron pacíficamente el planeta con el concurso de Alemania, por ejemplo en el consorcio internacional del raíl o en el trust internacional de la marina mercante, no están ahora *redistribuyéndose* el mundo según la nueva correlación de fuerzas, que se está modificando por medios que *no tienen nada* de pacíficos?

El capital financiero y los trusts no disminuyen, sino que aumentan las diferencias en el ritmo de crecimiento de las distintas partes de la economía mundial. Y una vez que ha cambiado la correlación de fuerzas, ¿que otro medio hay, *bajo el capitalismo*, para resolver las contradicciones si no es la *fuerza*? Las estadísticas sobre las vías férreas<sup>oo 90</sup> nos proporcionan datos extraordinariamente exactos sobre los diferentes ritmos de crecimiento del capitalismo y del capital financiero en la economía mundial. Durante las últimas décadas de desarrollo imperialista, la longitud de las líneas férreas ha cambiado como sigue:

*Líneas férreas (en miles de kilómetros)*

	1890	1913	Aumento
<b>Europa</b>	224	346	+ 122
<b>EEUU</b>	268	411	+ 143
<b>Todas las colonias</b>	82	210	+ 128
<b>Estados independientes y semiindependientes de Asia y América</b>	125	347	+ 222
	43	137	
<b>Total.....</b>	617	1.104	

El desarrollo del ferrocarril ha sido más veloz en las colonias y en los estados independientes (y semiindependientes) de Asia y América. Como es sabido, el capital financiero de los cuatro o cinco Estados capitalistas más grandes impera allí de un modo absoluto. Doscientos mil kilómetros de nuevas líneas férreas en las colonias y en otros países de Asia y América significan más de 40.000 millones de marcos de nuevas inversiones de capital en condiciones particularmente ventajosas, con garantías especiales de buenos dividendos, pedidos lucrativos para las fundiciones de acero, etc., etc.

<sup>oo</sup> Por lo que se refiere a 1890, ha sido preciso determinar aproximadamente algunas pequeñas particularidades sobre la distribución de las vías férreas entre las colonias de los distintos países. (N. del A.)

El capitalismo crece con más rapidez en los países de ultramar y las colonias. *Nuevas* potencias imperialistas están emergiendo (Japón). La lucha entre los imperialismos mundiales se agudiza. Crece el tributo impuesto por el capital a las empresas coloniales y de ultramar, más rentables. En el reparto de este “botín”, una parte excepcionalmente grande va a parar a países que no siempre ocupan los primeros puestos en lo que a celeridad en el desarrollo de sus fuerzas productivas se refiere. En los países más grandes, incluidas sus colonias, la longitud total de las vías férreas era la siguiente:

(en miles de kilómetros)

	<b>1890</b>	<b>1913</b>	<b>Aumento</b>
<b>Estados Unidos</b>	268	413	145
<b>Imperio británico</b>	107	208	101
<b>Rusia</b>	32	78	46
<b>Alemania</b>	43	68	25
<b>Francia</b>	41	63	22
<b>Total en las 5 potencias</b>	491	830	339

Así pues, alrededor del 80% del total de las vías férreas están concentradas en las manos de las cinco potencias más grandes. Pero la concentración de la *propiedad* de dichas vías, la concentración del capital financiero, es todavía incomparablemente mayor, dado que, por ejemplo, los millonarios británicos y franceses poseen grandes cantidades de acciones y obligaciones de los ferrocarriles estadounidenses, rusos y de otros países.

Gracias a sus colonias, Gran Bretaña ha aumentado “su” red ferroviaria en 100.000 kilómetros, cuatro veces más que Alemania. Sin embargo, todo el mundo sabe que, en ese mismo período, el desarrollo de las fuerzas productivas alemanas, sobre todo de sus industrias hullera y siderúrgica, ha sido incomparablemente más rápido que el de las fuerzas productivas británicas, por no hablar ya de Francia o Rusia. En 1892, Alemania produjo 4,9 millones de toneladas de hierro fundido, frente a los 6,8 de Gran Bretaña, mientras que en 1912 ya alcanzaba las 17,6 frente a 9,0, es decir, una formidable superioridad sobre Gran Bretaña.<sup>91</sup> Ante esto, cabe preguntarse: ¿qué otro medio que no sea la guerra puede haber *bajo el capitalismo* para eliminar las discrepancias existentes entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la acumulación de capital, por una parte, y el reparto de las colonias y de las “esferas de influencia” entre el capital financiero, por otra?

## IX. LA CRÍTICA DEL IMPERIALISMO

Por crítica del imperialismo, en el sentido amplio de la palabra, entendemos la actitud de las distintas clases sociales ante la política imperialista en relación con la ideología general de las mismas.

Las enormes dimensiones del capital financiero —concentrado en unas pocas manos y que dio origen a una red extraordinariamente amplia y densa de relaciones y conexiones a través de la cual, por un lado, ha sometido no sólo a los capitalistas y patronos medianos y pequeños, sino también a los muy pequeños, y, por el otro, agudiza la lucha contra otros grupos nacionales de financieros por el reparto del mundo y el dominio de otros países— han provocado que las clases poseedoras se pongan del lado del imperialismo. El entusiasmo “general” por las perspectivas del imperialismo, la cerrada defensa del mismo, su embellecimiento por todos los medios, tal es el signo de nuestro tiempo. La ideología imperialista también penetra en la clase obrera, que no está separada de las demás clases por una muralla china. Los actuales dirigentes del llamado Partido “Socialdemócrata” de Alemania han sido calificados, con justicia, de “socialimperialistas”, es decir, de socialistas de palabra e imperialistas de hecho; Hobson ya señaló en 1902 la existencia de “imperialistas fabianos” en Gran Bretaña, pertenecientes a la oportunista Sociedad Fabiana<sup>SS</sup>.

Los estudiosos y publicistas burgueses defienden habitualmente el imperialismo de forma indirecta, oscureciendo su dominación absoluta y sus raíces profundas, destacando los rasgos y detalles secundarios, haciendo todo lo posible para distraer la atención de lo fundamental a través de proyectos de “reformas” sin importancia, tales como el control policial de los trusts o los bancos, etc. Son excepción los imperialistas declarados y cínicos que admiten que la idea de reformar los rasgos fundamentales del imperialismo es absurda.

Un ejemplo. En los *Archivos de la Economía Mundial*, los imperialistas alemanes intentan seguir de cerca los movimientos de liberación nacional en las colonias, particularmente, por supuesto, en las no alemanas. Destacan el malestar y las protestas en la India, el movimiento en Natal (Sudáfrica), en las Indias holandesas, etc. Uno de ellos, reseñando la información de una publicación inglesa sobre una conferencia de naciones y razas sometidas celebrada del 28 al 30 de junio de 1910 y en la que participaron representantes de distintos pueblos de Asia, África y Europa bajo dominación extranjera, comenta así los discursos pronunciados en dicha conferencia: “Hay que luchar contra el imperialismo, se nos dice: los Estados dominantes deben reconocer el derecho a la independencia de los pueblos sometidos; un tribunal internacional debe velar por el cumplimiento de los tratados firmados entre las grandes potencias y los pueblos débiles. No van más allá de estos deseos piadosos. No vemos ni el menor indicio de que se comprenda la verdad de que el imperialismo está indisolublemente unido al capitalismo en su forma actual y, por lo tanto (!), la lucha directa contra el imperialismo está condenada al fracaso, a no ser, quizás, que se limite a protestar contra algunos excesos especialmente repugnantes”.<sup>105</sup> Dado que la reforma de las

---

<sup>SS</sup> Organización reformista británica fundada en 1884 y constituida fundamentalmente por intelectuales burgueses, como S. y B. Webb, R. MacDonal o Bernard Shaw. Negaban la necesidad de la lucha de clase del proletariado y de la revolución socialista, afirmando que se podía alcanzar el socialismo a través de la acumulación gradual de reformas sociales. En 1900 ingresó en el Partido Laborista. Debe su nombre al militar romano Fabio Máximo (siglo III a.e.c.), apodado “El Contemporizador” porque en la Segunda Guerra Púnica rehuyó los combates directos con Aníbal y optó por una estrategia de desgaste del ejército cartaginés. (N. del T.).

bases del imperialismo es un engaño, un “deseo piadoso”, dado que los burgueses de las naciones oprimidas no van “más allá” hacia adelante, los burgueses de las naciones opresoras sí van “más allá” *hacia atrás*, hacia una adulación servil del imperialismo recubierta de pretensiones “científicas”. ¡Vaya una “lógica”!

La cuestión fundamental de la crítica del imperialismo es saber si es posible reformar sus bases, si hay que avanzar, para intensificar y profundizar más los antagonismos que genera el imperialismo, o si hay que retroceder, para mitigarlos. Como los rasgos políticos del imperialismo son la reacción en toda regla y el recrudescimiento de la opresión nacional —debido al yugo de la oligarquía financiera y a la supresión de la libre competencia—, a principios del siglo XX surge en casi todos los países imperialistas una oposición democrática pequeñoburguesa al imperialismo. La ruptura de Kautsky y de la amplia corriente internacional kautskiana con el marxismo consiste precisamente en que, lejos de enfrentarse con esa oposición pequeñoburguesa reformista, que en realidad es reaccionaria por sus bases económicas, en la práctica Kautsky se ha fusionado con ella.

En Estados Unidos, la guerra imperialista de 1898 contra España despertó la oposición de los “antiimperialistas”, los últimos mohicanos de la democracia burguesa, quienes la calificaron de “criminal”, consideraron anticonstitucional la anexión de tierras ajenas, denunciaron como “una deslealtad chovinista” el trato a Aguinaldo, el líder de los nativos filipinos (tras prometerle la independencia de su país, EEUU envió tropas y se lo anexionó), y citaban las palabras de Lincoln: “Cuando el blanco se gobierna a sí mismo, eso es autogobierno; pero cuando se gobierna a sí mismo y también gobierna a otros, eso es más que autogobierno; es despotismo”.<sup>106</sup> Pero dado que toda esa crítica no se atrevía a reconocer los inseparables lazos entre el imperialismo y los trusts y, por tanto, entre el imperialismo y los fundamentos del capitalismo, dado que no se atrevía a unirse a las fuerzas engendradas por el gran capitalismo y su desarrollo<sup>TT</sup>, no pasaba de ser un “deseo piadoso”.

Tal es también la posición fundamental de Hobson en su crítica del imperialismo. Hobson se ha anticipado a Kautsky en la protesta contra el argumento de la “inevitabilidad del imperialismo” e instando a la necesidad de “aumentar la capacidad de consumo” de la población (¡bajo el capitalismo!). Diversos autores a menudo citados por nosotros, como Agahd, A. Lansburgh, L. Eschwege y, entre los escritores franceses, Victor Bérard, autor de una obra superficial titulada *Inglaterra y el imperialismo* aparecida en 1900, sostienen un punto de vista pequeñoburgués en la crítica del imperialismo, de la omnipotencia de los bancos, de la oligarquía financiera, etc. Todos ellos, que nada tienen de marxistas, oponen al imperialismo la libre competencia y la democracia, condenan el proyecto del ferrocarril a Bagdad, que está conduciendo a conflictos y a la guerra, declaran el “deseo piadoso” de vivir en paz, etc. Lo mismo vale para el estadístico especializado en emisiones bursátiles A. Neymarck, quien, tras calcular los cientos de miles de millones de francos que representan los valores “internacionales”, exclamó en 1912: “¿Cómo es posible creer que la paz puede ser alterada (...) que, a la vista de estas enormes cifras, alguien se arriesgue a provocar una guerra?”.<sup>107</sup>

Semejante ingenuidad de los economistas burgueses no es sorprendente; es más, les *conviene* parecer tan ingenuos y hablar “en serio” de la paz bajo el imperialismo. Pero, ¿qué le queda a Kautsky de marxista cuando en 1914, 1915 y 1916 adopta ese mismo punto de vista burgués-reformista y afirma que “todo el mundo está de acuerdo” (imperialistas, pseudosocialistas y socialpacifistas) en lo tocante a la paz? En vez de analizar el imperialismo y poner de relieve en toda su profundidad sus contradicciones, Kautsky tiene el “deseo piadoso”, reformista, de esquivarlas y eludirlas.

---

<sup>TT</sup> Lenin se refiere a la conocida idea expresada por Marx y Engels: “Así, el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia lo producido. La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables” (*El manifiesto comunista*, Fundación Federico Engels, Madrid, 1996, p. 50). (N. del T.)

He aquí una muestra de su crítica económica del imperialismo. Kautsky toma los datos de las exportaciones e importaciones entre Gran Bretaña y Egipto en los años 1872 y 1912; resulta que ese comercio de exportación-importación aumentó menos que la exportación y la importación generales de Gran Bretaña. Y Kautsky saca una conclusión: “No tenemos ninguna razón para suponer que, sin la ocupación militar<sup>UU</sup>, el comercio con Egipto habría sido menor por el simple peso de los factores económicos (...) Como mejor puede promoverse la tendencia del capital a expandirse (...) no es por los métodos violentos del imperialismo, sino por la democracia pacífica”.<sup>108</sup>

Este argumento de Kautsky, repetido en todos los tonos por su escudero ruso (y encubridor ruso de los socialchovinistas), el señor Spectator<sup>VV</sup>, es la base de la crítica kautskiana del imperialismo, y por ello debemos abordarlo más detalladamente. Empecemos citando a Hilferding, cuyas conclusiones eran “aceptadas unánimemente por todos los teóricos socialistas”, como Kautsky dijo muchas veces, por ejemplo, en abril de 1915.

“No incumbe al proletariado —dice Hilferding— oponer a la política capitalista más progresista la política caduca de la época del libre mercado y de la hostilidad hacia el Estado. La respuesta del proletariado a la política económica del capital financiero, al imperialismo, no puede ser el libre mercado, sino únicamente el socialismo. El objetivo de la política proletaria no puede ser actualmente la restauración de la libre competencia —que ahora se ha convertido en un ideal reaccionario—, sino solamente la completa eliminación de la competencia a través de la abolición del capitalismo”.<sup>109</sup>

Defendiendo en la época del capital financiero un “ideal reaccionario”, la “democracia pacífica”, el “simple peso de los factores económicos”, Kautsky ha roto con el marxismo porque ese ideal hace *objetivamente* retroceder del capitalismo monopolista al capitalismo no monopolista, es una estafa reformista.

El comercio con Egipto (o con cualquier otra colonia o semicolonias) “habría crecido más” *sin* la ocupación militar, sin el imperialismo y sin el capital financiero. ¿Qué significa esto? ¿Que el capitalismo se desarrollaría más rápidamente si la libre competencia no estuviese restringida por los monopolios en general, por las “relaciones”, el yugo (o sea, también el monopolio) del capital financiero y por la posesión monopolista de las colonias por determinados países?

Los argumentos de Kautsky no pueden tener otro sentido, y *este* “sentido” es un sinsentido. Admitamos que *sí*, que la libre competencia, sin ninguna clase de monopolio, *podría* desarrollar más rápidamente el capitalismo y el comercio. Pero cuanto más rápido es el desarrollo del comercio y del capitalismo, más se concentran la producción y el capital, concentración que *genera* el monopolio. ¡Los monopolios han surgido *ya* y precisamente han surgido *de* la libre competencia! Aun en el caso de que los monopolios empezasen a frenar su desarrollo, esto no sería, a pesar de todo, un argumento en favor de la libre competencia, la cual es imposible después de que ella misma ya haya dado lugar a los monopolios.

Se miren por donde se miren, en los argumentos de Kautsky sólo se encontrarán un espíritu reaccionario y reformismo burgués.

Incluso si se corrige este argumento para decir, como hace Spectator, que el comercio de las colonias británicas con la metrópoli se desarrolla ahora con más lentitud que su comercio con otros países, Kautsky no se salva porque Gran Bretaña es golpeada *también* por el monopolio, *también* por el imperialismo, solamente que por los de otros países (Estados Unidos, Alemania). Es sabido que los cárteles han dado lugar al establecimiento de aranceles proteccionistas de un tipo nuevo y original: se protegen (como ya señaló Engels en el III tomo de *El capital*) precisamente los productos susceptibles de ser exportados. Es conocido asimismo el sistema, propio de los cárteles y

---

<sup>UU</sup> Egipto estuvo ocupado militarmente por Gran Bretaña desde 1882 hasta 1952. (N. del T.).

<sup>VV</sup> Seudónimo del economista menchevique M. I. Najimsón. (N. del T.).

del capital financiero, de “exportar a bajo precio”, el *dumping*, como lo llaman los ingleses: en el interior del país, el cártel vende sus productos a un precio monopolista elevado, y en el extranjero, a un precio bajísimo para arruinar a la competencia, ampliar al máximo su propia producción, etc. Si Alemania desarrolla su comercio con las colonias británicas más rápidamente que Gran Bretaña, esto demuestra solamente que el imperialismo alemán es más joven, más fuerte, mejor organizado que el británico, es superior a él; pero no demuestra en absoluto la “superioridad” del libre mercado porque no se trata del libre mercado luchando contra el proteccionismo y la dependencia colonial, sino de un imperialismo luchando contra otro, un monopolio contra otro, un capital financiero contra otro. La supremacía del imperialismo alemán sobre el británico es más fuerte que la muralla de las fronteras coloniales o de los aranceles proteccionistas: usar esto como “argumento” a favor del libre mercado y de la “democracia pacífica” es una banalidad, significa olvidar los rasgos y las características fundamentales del imperialismo, suplantar el marxismo por el reformismo pequeñoburgués.

Es interesante señalar que incluso el economista burgués A. Lansburgh, que critica el imperialismo de manera tan pequeñoburguesa como Kautsky, ha estudiado de un modo más científico que él los datos de la estadística comercial. Lansburgh no ha comparado un país elegido al azar, y precisamente una colonia, con los otros países, sino las exportaciones de un país imperialista: 1) a los países que dependen financieramente y que han recibido empréstitos de él, y 2) a los países financieramente independientes. El resultado es el siguiente:

*Exportación alemanas (en millones de marcos)*

**A los países dependientes de ella en el aspecto financiero**

País	1899	1908	Aumento
Rumanía	48,2	70,8	47%
Portugal	19,0	32,8	73%
Argentina	60,7	147,0	143%
Brasil	48,7	84,5	73%
Chile	28,3	52,4	85%
Turquía	29,9	64,0	114%
<i>Total.....</i>	<i>234,8</i>	<i>451,5</i>	<i>92%</i>

**A los países independientes de ella en el aspecto financiero**

País	1889	1908	Aumento
Gran Bretaña	651,8	997,4	53%
Francia	210,2	437,9	108%
Bélgica	137,2	322,8	135%
Suiza	177,4	401,1	127%
Australia	21,2	64,5	205%
Indias Holandesas	8,8	40,7	363%
<i>Total.....</i>	<i>1.206,6</i>	<i>2.264,4</i>	<i>87%</i>

Lansburgh no sacó *conclusiones* y por eso, cosa extraña, no se percató de que *si* estas cifras prueban algo es que él está *equivocado*, pues las exportaciones a los países financieramente dependientes han crecido *más*, aunque sólo sea ligeramente, que las exportaciones a los países

financieramente independientes (subrayamos el “si” porque las cifras de Lansburgh distan mucho de ser completas).

En cuanto a la relación entre la exportación y los empréstitos, Lansburgh dice: “En 1890-1891, se concedió un empréstito a Rumanía a través de los bancos alemanes, que en los años previos ya habían hecho adelantos a cuenta del mismo. El empréstito sirvió principalmente para adquirir material ferroviario en Alemania. En 1891, las exportaciones alemanas a Rumanía fueron de 55 millones de marcos. Al año siguiente descendieron hasta 39,4 y, con fluctuaciones, hasta 25,4 millones en 1900. Solamente en los últimos años han recuperado el nivel de 1891, gracias a dos nuevos empréstitos.

“A resultas de los empréstitos de 1888 y 1889, las exportaciones alemanas a Portugal alcanzaron los 21,1 millones de marcos (1890); en los dos años siguientes cayó hasta 16,2 y 7,4 millones, y únicamente recuperó su antiguo nivel en 1903.

“Las cifras del comercio germano-argentino son todavía más significativas. A consecuencia de los empréstitos de 1888 y 1890, las exportaciones alemanas a Argentina alcanzaron en 1889 los 60,7 millones de marcos. Dos años más tarde eran sólo de 18,6 millones, o sea, menos de la tercera parte. Sólo en 1901 se alcanza y sobrepasa el nivel de 1889, debido a nuevos empréstitos del Estado y los ayuntamientos, a los adelantos para construir plantas eléctricas y a otras operaciones crediticias.

“Las exportaciones a Chile aumentaron, gracias al empréstito de 1889, hasta 45,2 millones de marcos (1892), descendiendo un año después a 22,5 millones. Tras un nuevo empréstito, concertado en 1906 a través de los bancos alemanes, las exportaciones se elevaron hasta los 84,7 millones de marcos (1907), para caer de nuevo a 52,4 millones en 1908”.<sup>110</sup>

Lansburgh extrae de todo esto una divertida moraleja pequeñoburguesa: lo inconsistente y desigual que es la exportación relacionada con los empréstitos, lo malo que es exportar capitales al extranjero en vez de desarrollar la industria nacional de forma “natural” y “armónica”, lo “caros” que le resultan a la compañía Krupp los sobornos de millones y millones que paga para concertar los empréstitos extranjeros, etc. Pero los hechos hablan con claridad: el aumento de las exportaciones está *precisamente* relacionado con las fraudulentas intrigas del capital financiero, que no se preocupa de la moral burguesa y desuella al buey dos veces: primero, saca el beneficio del empréstito, y segundo, saca un beneficio de ese *mismo* empréstito al ser invertido en adquirir productos de Krupp o material ferroviario del consorcio del acero, etc.

Repetimos que estamos lejos de considerar perfectas las cifras de Lansburgh, pero había que reproducirlas porque son más científicas que las de Kautsky y Spectator, ya que Lansburgh muestra la manera correcta de enfocar el tema. Para abordar la significación del capital financiero en materia de exportaciones, etc., es necesario saber distinguir la relación de las mismas especial y únicamente con las intrigas de los financieros, especial y únicamente con la venta de los productos de los cárteles, etc. Comparar simplemente las colonias en general con los países no coloniales, un imperialismo con otro, una semicolonias o colonia (Egipto) con todos los demás países es obviar y ocultar precisamente el *fondo* de la cuestión.

La crítica teórica que Kautsky hace del imperialismo no tiene nada que ver con el marxismo y sólo sirve como trampolín para la propaganda a favor de la paz y de la unidad con los oportunistas y los socialchovinistas, precisamente porque obvia y oculta las contradicciones más profundas y fundamentales del imperialismo: las contradicciones entre los monopolios y la libre competencia que existe paralelamente a ellos, entre las “operaciones” gigantescas (y los beneficios gigantescos) del capital financiero y el comercio “honrado” en el mercado libre, entre los cárteles y trusts, por un lado, y la industria no cartelizada, por otro, etc.

La famosa teoría del “ultraimperialismo” inventada por Kautsky es igual de reaccionaria. Comparemos sus argumentos sobre este tema en 1915 con los de Hobson en 1902:

Kautsky: “¿No puede la política imperialista actual dejar paso a una nueva, ultraimperialista, que sustituya la lucha de los capitales financieros nacionales entre sí por la explotación común de todo el mundo a manos del capital financiero unido internacionalmente? Tal nueva fase del capitalismo, en todo caso, es concebible. La carencia de premisas suficientes impide afirmar si es realizable o no”.<sup>111</sup>

Hobson: “El cristianismo implantado en unos pocos grandes imperios federales, cada uno de ellos con colonias no civilizadas y países dependientes, les parece a muchos el desarrollo más legítimo de las tendencias actuales, un desarrollo, además, que ofrecería las mayores esperanzas en una paz permanente sobre la base sólida del interimperialismo”.

Kautsky llama ultraimperialismo o superimperialismo a lo que Hobson llamó interimperialismo trece años antes. Exceptuando la formación de una nueva y sapientísima palabreja mediante la sustitución de un prefijo latino por otro, el progreso del pensamiento “científico” de Kautsky se reduce a su intento de hacer pasar por marxismo lo que Hobson describe, esencialmente, como una hipocresía de los curas ingleses. Era natural que, tras la guerra anglo-bóer, esta respetable casta dedicase sus mayores esfuerzos a *consolar* a las capas medias y los obreros ingleses, que habían tenido muchas bajas en los campos de batalla sudafricanos y que tuvieron que pagar impuestos suplementarios para garantizarles mayores beneficios a los financieros ingleses. ¿Y qué mejor consuelo que la idea de que el imperialismo no era tan malo, que estaba muy cerca del inter o ultraimperialismo capaz de asegurar la paz permanente? Cualesquiera que fuesen las buenas intenciones de los curitas ingleses o del sentimental de Kautsky, el sentido objetivo, es decir, el verdadero sentido social de su “teoría”, es uno y sólo uno: el consuelo más reaccionario de las masas con la esperanza de una paz permanente bajo el capitalismo, desviando la atención de los agudos antagonismos y problemas actuales, hacia las falsas perspectivas de un pretendido nuevo “ultraimperialismo” en el futuro. El único contenido de la teoría “marxista” de Kautsky es el engaño a las masas.

En efecto, basta con comparar los hechos conocidos e indiscutibles, para convencerse hasta qué punto son falsas las perspectivas que Kautsky trata de inculcar a los obreros alemanes (y a los de todos los países). Tomemos los ejemplos de India, Indochina y China. Es sabido que esas tres colonias y semicolonias, con una población de unos 600-700 millones de personas, están sometidas a la explotación del capital financiero de varias potencias imperialistas: Gran Bretaña, Francia, Japón, Estados Unidos, etc. Supongamos que dichos países imperialistas forman alianzas, una contra otra, con objeto de defender o extender sus posesiones, sus intereses y sus “esferas de influencia” en dichos países asiáticos. Esas alianzas serán alianzas “interimperialistas” o “ultraimperialistas”. Supongamos que *todas* las potencias imperialistas se alían para repartirse “pacíficamente” esos países: esa alianza sería una alianza del “capital financiero unido internacionalmente”. Hay casos de tales alianzas en la historia del siglo XX, por ejemplo, la actitud de las potencias hacia China. Preguntamos: ¿es “concebible”, presuponiendo la continuidad del capitalismo —que es precisamente lo que presupone Kautsky—, que dichas alianzas no sean temporales, que eliminen las fricciones, los conflictos y la lucha en todas las formas imaginables?

Basta formular claramente la pregunta para que sea imposible darle una respuesta que no sea negativa porque bajo el capitalismo es *inconcebible* un reparto de las esferas de influencia, de los intereses, de las colonias, etc., que no sea por la *fuerza* de quienes participan en él, la fuerza económica, financiera, militar, etc. Y la fuerza de los que participan en el reparto cambia de forma desigual, ya que el desarrollo *armónico* de las distintas empresas, trusts, ramas industriales y países es imposible bajo el capitalismo. Hace medio siglo, Alemania era una insignificancia comparando su fuerza capitalista con la de Gran Bretaña; lo mismo puede decirse al comparar Japón con Rusia. ¿Es “concebible” que en diez o veinte años la correlación de fuerzas entre las potencias imperialistas permanezca *invariable*? Es absolutamente inconcebible.



Por tanto, en el mundo real capitalista, y no en la banal fantasía pequeñoburguesa de los curas ingleses o del “marxista” alemán Kautsky, las alianzas “interimperialistas” o “ultraimperialistas” —sea cual sea su forma: una coalición imperialista contra otra o una alianza general de *todas* las potencias imperialistas— sólo pueden ser *inevitablemente* “treguas” entre las guerras. Las alianzas pacíficas nacen de las guerras y a la vez preparan nuevas guerras, condicionándose mutuamente, engendrando una sucesión de formas de lucha pacífica y no pacífica sobre *una sola y misma* base de lazos imperialistas y relaciones recíprocas entre la economía y la política mundiales. Pero el sapientísimo Kautsky, para tranquilizar a los obreros y reconciliarlos con los socialchovinistas, que se han pasado a la burguesía, *separa* los eslabones de una sola y misma cadena, separa la actual alianza pacífica (que es ultraimperialista e, incluso, ultraultraimperialista) de *todas* las potencias creada para “pacificar” China (recordemos el aplastamiento de la rebelión de los bóxers<sup>WW</sup>), del conflicto no pacífico de mañana, que preparará para pasado mañana otra alianza “pacífica” general para el reparto, pongamos por caso, de Turquía, etc., etc. En vez de mostrar la conexión viva entre los períodos de paz imperialista y los períodos de guerra imperialista, Kautsky ofrece a los obreros una abstracción sofisticada, a fin de reconciliarlos con sus degenerados dirigentes.

En el prólogo a su *Historia de la diplomacia en el desarrollo internacional de Europa*, el estadounidense Hill marca los siguientes períodos en la historia contemporánea de la diplomacia: 1) era de la revolución; 2) movimiento constitucionalista; 3) era actual del “imperialismo comercial”.<sup>112</sup> Otro autor divide la historia de la “política mundial” británica desde 1870 en cuatro períodos: 1) primer período asiático (lucha contra la penetración rusa en Asia Central hacia la India<sup>XX</sup>); 2) período africano (aproximadamente de 1885 a 1902): pugna con Francia por el reparto de África (el incidente de Fachoda en 1898, que puso a ambos países al borde de la guerra<sup>YY</sup>); 3) segundo período asiático (alianza con Japón contra Rusia); 4) período “europeo”, dirigido principalmente contra Alemania.<sup>113</sup> “Las escaramuzas políticas de las avanzadillas se producen en el terreno financiero”, escribía en 1905 Riesser, “personalidad” de la banca, indicando cómo el capital financiero francés preparó, con sus operaciones en Italia, la alianza política de dichos países, cómo se desarrollaba la lucha entre Alemania y Gran Bretaña por Persia, entre todos los capitales europeos por hacerse con los empréstitos a China, etc. Esta es la realidad viva de las alianzas “ultraimperialistas” pacíficas, indisolublemente unidas a los conflictos imperialistas ordinarios.

La atenuación, por parte de Kautsky, de las más hondas contradicciones del imperialismo, inevitablemente embellecido por dicha atenuación, deja también huella en la crítica kautskiana de los rasgos políticos del imperialismo. El imperialismo es la época del capital financiero y de los monopolios, que provocan en todas partes una tendencia a la dominación, y no a la libertad. Sea cual sea el régimen político, el resultado de esa tendencia es la reacción abierta y la extrema intensificación de las contradicciones en este campo. Particularmente se intensifica la opresión nacional y la tendencia a las anexiones, es decir, a la violación de la independencia nacional (pues la anexión no es más que la violación del derecho de las naciones a la autodeterminación). Hilferding señala bien la relación entre el imperialismo y la intensificación de la opresión nacional: “En lo que se refiere a los países recién descubiertos, el capital importado intensifica los antagonismos y provoca contra los intrusos una creciente resistencia de los pueblos, cuya conciencia nacional se despierta; esta resistencia puede derivar fácilmente en medidas peligrosas

---

<sup>WW</sup> La *rebelión de los bóxers* fue un levantamiento antiimperialista del pueblo chino en los años 1899-1901 organizado por la sociedad Yi Ho Chuan (“El puño de la recta armonía”, de ahí lo de *bóxers*, “boxeadores” en inglés), posteriormente llamada Yi Ho Tuan. Tras su salvaje represión a cargo de un cuerpo militar conjunto de 55.000 hombres de la llamada alianza de las Ocho Naciones (las potencias imperialistas con intereses en el país: Japón, Rusia, Gran Bretaña, Francia, EEUU, Alemania, Italia y Austria-Hungría), China se vio obligada a firmar la llamada “Acta final”, en virtud de la cual quedó convertida en una semicolonias. (N. del T.).

<sup>XX</sup> Esa lucha, cuyo epicentro fue Afganistán, es conocida como el Gran Juego. (N. del T.)

<sup>YY</sup> Localidad sudanesa, a orillas del Nilo Blanco, de la que Francia intentó apoderarse ese año. (N. del T.)

contra el capital extranjero. Se revolucionan completamente las viejas relaciones sociales, se destruye el aislamiento agrario inmemorial de las ‘naciones sin historia’, las cuales se ven arrastradas a la vorágine capitalista. El propio capitalismo proporciona gradualmente a los sometidos medios y recursos para su emancipación. Y dichas naciones convierten en su objetivo el que en otros tiempos fue el objetivo supremo de las naciones europeas: la creación de un Estado nacional unificado como instrumento de la libertad económica y cultural. Este movimiento por la independencia nacional amenaza al capital europeo en sus más valiosas y prometedoras regiones de explotación, y el capital europeo sólo puede mantener la dominación aumentando continuamente sus fuerzas militares”.<sup>114</sup>

A esto hay que añadir que no sólo en los países recién descubiertos, sino también en los viejos, el imperialismo está conduciendo a las anexiones, al aumento de la opresión nacional y, por tanto, también al aumento de la resistencia. Mientras se queja de la intensificación de la reacción política por el imperialismo, Kautsky deja en la sombra una cuestión decisiva: la imposibilidad de la unidad con los oportunistas en la época del imperialismo. Al oponerse a las anexiones, presenta sus argumentos de la forma más inofensiva y aceptable para los oportunistas. Kautsky se dirige a una audiencia alemana, pero, sin embargo, oculta precisamente lo más esencial y más actual, por ejemplo, la anexión de Alsacia-Lorena por Alemania. Pongamos un ejemplo para apreciar la “aberración mental” de Kautsky. Supongamos que un japonés rechaza la anexión de Filipinas por los estadounidenses. Cabe la pregunta: ¿serán muchos los que crean que se debe a su rechazo a las anexiones en general y no a su deseo de que Japón se anexiona Filipinas? ¿No habrá que admitir que la “lucha” del japonés contra las anexiones sólo puede ser considerada sincera y políticamente honesta si se opone a la anexión de Corea por Japón, si reivindica el derecho de Corea a separarse de Japón?

Tanto el análisis teórico como la crítica económica y política que Kautsky hace del imperialismo están *totalmente* impregnados de un espíritu absolutamente incompatible con el marxismo, de un espíritu que oculta y mitiga las contradicciones fundamentales, de una tendencia a preservar a toda costa la unidad con el oportunismo en el movimiento obrero europeo, unidad que se está rompiendo.

## X. EL LUGAR HISTÓRICO DEL IMPERIALISMO

Como hemos visto, por su esencia económica el imperialismo es el capitalismo monopolista. Esto determina ya el lugar histórico del imperialismo, pues el monopolio, que nace única y precisamente de la libre competencia, es la transición del capitalismo a una estructura económica y social más elevada. Cabe señalar particularmente cuatro tipos principales de monopolio, o manifestaciones esenciales del capitalismo monopolista, que son característicos del período que nos ocupa.

En primer lugar, el monopolio surge de la concentración de la producción, al alcanzar ésta un grado muy elevado de desarrollo. Lo forman las asociaciones capitalistas monopolistas, los cárteles, los consorcios y los trusts. Hemos visto el importante papel que juegan en la vida económica contemporánea. A comienzos del siglo XX, los monopolios alcanzaron una supremacía total en los países avanzados, y aunque los primeros pasos en la formación de cárteles fueron dados por países con aranceles proteccionistas elevados (Alemania, Estados Unidos), Gran Bretaña, con su sistema de libre mercado, mostró un poco más tarde el mismo fenómeno básico: el nacimiento del monopolio como consecuencia de la concentración de la producción.

En segundo lugar, los monopolios han estimulado la captura de las fuentes más importantes de materias primas, particularmente para las industrias básicas y más cartelizadas de la sociedad capitalista: la del carbón y la siderurgia. El monopolio de las principales fuentes de materias primas ha aumentado terriblemente el poder del gran capital y agravado los antagonismos entre la industria cartelizada y la no cartelizada.

En tercer lugar, el monopolio ha surgido de los bancos, que han pasado de ser modestas empresas intermediarias a ser ahora el monopolio del capital financiero. Entre tres y cinco de los grandes bancos de cada nación capitalista avanzada han realizado la “unión personal” del capital industrial y el bancario, concentrando en sus manos miles y miles de millones que constituyen la mayor parte de los capitales e ingresos monetarios del país. La oligarquía financiera rodea con una tupida red de relaciones de dependencia todas las instituciones económicas y políticas de la sociedad burguesa contemporánea sin excepción; tal es la manifestación más llamativa de este monopolio.

En cuarto lugar, el monopolio ha nacido de la política colonial. A los numerosos “viejos” motivos de la política colonial, el capital financiero ha añadido la lucha por las fuentes de materias primas, por la exportación de capital, por las “esferas de influencia”, o sea, las esferas para operaciones rentables, concesiones, beneficios monopolistas, etc., y, finalmente, por el territorio económico en general. Cuando, por ejemplo, las colonias africanas de las potencias europeas representaban una décima parte de ese continente, como todavía era el caso en 1876, la política colonial podía desenvolverse de forma no monopolista, por la “libre conquista”, podríamos decir, de territorios. Pero cuando las nueve décimas partes de África estuvieron ocupadas (hacia 1900), cuando todo el mundo estuvo repartido, comenzó inevitablemente la era de la posesión colonial monopolista y, por consiguiente, de la lucha particularmente intensa por la partición y la repartición del mundo.

En general es conocido hasta qué punto el capitalismo monopolista ha agudizado todas las contradicciones del capitalismo. Basta con mencionar la carestía de la vida y la tiranía de los cárteles. Esta agudización de las contradicciones es la más potente fuerza motriz del período histórico de transición iniciado con la victoria final del capital financiero mundial.

Los monopolios, la oligarquía, la tendencia a la dominación en vez de la tendencia a la libertad, la explotación de cada vez más naciones pequeñas o débiles por un puñado de las naciones más ricas o poderosas: todo esto ha originado los rasgos distintivos del imperialismo que obligan a calificarlo como capitalismo parasitario o decadente. Cada vez se pone más de relieve, como una de las tendencias del imperialismo, la creación del “Estado rentista”, del Estado usurario, cuya burguesía vive crecientemente de la exportación de capital y del “corte de cupón”. Sería un error creer que esta tendencia a la decadencia excluye el rápido crecimiento del capitalismo. No; en la época del imperialismo, ciertas ramas industriales, ciertas capas de la burguesía y ciertos países manifiestan, en mayor o menor grado, una u otra de esas tendencias. En conjunto, el capitalismo crece con una rapidez incomparablemente mayor que antes, pero este crecimiento no sólo es cada vez más desigual, sino que su desigualdad se manifiesta particularmente en la decadencia de los países más ricos en capital (Gran Bretaña).

Acerca de la rapidez del desarrollo económico alemán, Riesser, autor de una investigación sobre los grandes bancos de ese país, dice: “El progreso de la época precedente (1848-1870), no demasiado lento, guarda con respecto al rápido desarrollo de la economía nacional de Alemania y particularmente de sus bancos en la época actual (1870-1905) una relación similar a la del coche de posta de los viejos tiempos con el moderno automóvil, que circula a tal velocidad que representa un peligro para los despreocupados peatones y para los ocupantes del vehículo”. A su vez, ese capital financiero que tan rápidamente ha crecido, precisamente por haber crecido así no tiene ningún inconveniente en pasar a una posesión más “tranquila” de las colonias a conquistar —y no sólo por medios pacíficos— por las naciones más ricas. Por otro lado, como el desarrollo económico de Estados Unidos ha ido durante estas últimas décadas todavía más rápido que el alemán, y precisamente *debido* a ello, los rasgos parasitarios del capitalismo estadounidense contemporáneo destacan con singular relieve. Por otro lado, una comparación de, por ejemplo, la burguesía republicana estadounidense con la burguesía monárquica japonesa o alemana muestra que las más destacables diferencias políticas se atenúan muchísimo en la época del imperialismo; y no porque en general sean poco importantes, sino porque en todos estos casos se trata de una burguesía con rasgos parasitarios bien definidos.

La obtención de elevados beneficios monopolistas por los capitalistas en una de las numerosas ramas de la industria, en uno de los numerosos países, etc., hace económicamente posible el corromper a determinadas capas de los trabajadores, e incluso temporalmente a una minoría bastante considerable de estos, poniéndolos del lado de la burguesía de dicha rama o nación contra el resto de los trabajadores. La agudización de los antagonismos entre las naciones imperialistas por el reparto del mundo ahonda esta tendencia. Así es como se crea el vínculo entre el imperialismo y el oportunismo, vínculo que en Gran Bretaña se ha manifestado antes y de forma más clara debido a que ciertos rasgos del desarrollo imperialista aparecieron allí mucho antes que en otros países. A algunos autores, L. Márto<sup>ZZ</sup> por ejemplo, les complace negar el vínculo entre el imperialismo y el oportunismo en el movimiento obrero —hecho particularmente evidente en estos momentos<sup>AAA</sup>— con argumentos del “optimismo oficial” (a lo Kautsky y Huysmans) como estos: la causa de los adversarios del capitalismo sería inútil si el capitalismo avanzado condujese al reforzamiento del oportunismo o si los obreros mejor pagados se inclinase hacia el oportunismo, etc. No debemos hacernos ilusiones sobre el valor de ese “optimismo”: es un optimismo con respecto al oportunismo, es un optimismo que sirve de tapadera al oportunismo. En realidad, la gran rapidez y el carácter particularmente odioso del desarrollo del oportunismo no son garantía en

---

<sup>ZZ</sup> Julius Márto<sup>v</sup> o L. Márto<sup>v</sup> (1873-1923): Cofundador del Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia. Principal dirigente de los mencheviques a partir de 1903. Dirigente de los mencheviques internacionalistas durante la Primera Guerra Mundial, en 1917 se situó a medio camino entre la mayoría de éstos y los bolcheviques. Contrario al gobierno bolchevique, pidió y obtuvo permiso para emigrar. (N. del T.).

<sup>AAA</sup> Alusión al apoyo que los dirigentes reformistas de las diferentes secciones nacionales de la Segunda Internacional dieron a su respectiva burguesía durante la Primera Guerra Mundial. (N. del T.).

absoluto de una victoria duradera: la rápida maduración de un grano de pus en un cuerpo sano sólo puede acelerar que el absceso reviente antes, librando así al organismo de él. Lo más peligroso a este respecto son las gentes que no desean comprender que la lucha contra el imperialismo es una frase vacía y engañosa si no va indisolublemente unida a la lucha contra el oportunismo.

De todo lo dicho aquí sobre la esencia económica del imperialismo se desprende que hay que calificarlo de capitalismo transitorio o, más exactamente, de capitalismo moribundo. En este sentido, es muy instructivo señalar que los términos más habituales con que los economistas burgueses describen el capitalismo moderno son los de “entrelazamiento”, “ausencia de aislamiento”, etc.; los bancos son “unas empresas que, por sus funciones y desarrollo, no tienen un carácter de economía privada pura, sino que cada vez se van saliendo más de la esfera de la regulación de la economía puramente privada”. ¡Y ese mismo Riesser, a quien pertenecen estas palabras, declara con la mayor seriedad del mundo que las “predicciones” de los marxistas sobre la “socialización” “no se han cumplido”!

¿Qué significa, entonces, la palabreja “entrelazamiento”? Simplemente expresa el rasgo más notorio del proceso que se está produciendo ante nuestros ojos; muestra que el observador cuenta los árboles, pero no ve el bosque; que copia servilmente lo superficial, lo casual, lo caótico; revela que el observador es un hombre abrumado por los datos en bruto y que no comprende nada de su sentido y valor. La posesión de acciones y las relaciones entre los propietarios privados se “entrelazan accidentalmente”. Pero la base de dicho entrelazamiento, lo que está detrás del mismo, son las relaciones sociales de producción en constante cambio. Cuando una gran empresa se convierte en gigantesca y organiza sistemáticamente, apoyándose en un cálculo exacto con multitud de datos, el suministro de las dos terceras o las tres cuartas partes de las materias primas necesarias para decenas de millones de personas; cuando se organiza sistemáticamente el transporte de dichas materias primas a los puntos de producción más adecuados, a veces separados entre sí por cientos y miles de kilómetros; cuando un centro dirige las sucesivas fases de transformación de las materias primas en numerosos productos elaborados; cuando estos productos son distribuidos entre decenas y centenares de millones de consumidores (venta de combustibles en Estados Unidos y Alemania por el trust petrolero estadounidense) conforme a un plan único, entonces es evidente que nos hallamos ante una socialización de la producción, y no ante un simple “entrelazamiento”, que las relaciones entre la economía y la propiedad privadas constituyen un envoltorio que no se corresponde ya con el contenido, envoltorio que necesariamente se descompondrá si su eliminación se retrasa artificialmente, envoltorio que puede permanecer en un estado de decadencia durante un período relativamente largo (en el peor de los casos, si la curación del grano oportunista se prolonga demasiado), pero que, sin embargo, será inevitablemente eliminado.

Schulze-Gaevernitz, entusiasta admirador del imperialismo alemán, exclama: “Una vez que la dirección de los bancos alemanes está en manos de unas diez o doce personas, su actividad es hoy más importante para el bien público que la de la mayoría de los ministros [el ‘entrelazamiento’ entre banqueros, ministros, industriales y rentistas es convenientemente olvidado] (...) Imaginémonos que el desarrollo de las tendencias que hemos señalado se ha completado: el capital monetario de la nación se concentra en los bancos; los bancos están unidos entre sí en un cártel; el capital de inversión de la nación tomó la forma de títulos de valor. Entonces se cumplirán las geniales palabras de Saint-Simon<sup>BBB</sup>: ‘La actual anarquía de la producción, causada por el hecho de que las relaciones económicas se desarrollan sin una regulación uniforme, debe dar paso a la organización de la producción. La producción no será dirigida por empresarios aislados, independientes entre sí e ignorantes de las necesidades económicas de los hombres; la producción estará en manos de una institución social determinada. Un organismo administrativo central, capaz de observar el amplio campo de la economía social desde un punto de vista más

---

<sup>BBB</sup> Henri de Saint-Simon (1760-1825): Filósofo francés y destacado representante del socialismo utópico. (N. del T.)

elevado, la regulará en beneficio de toda la sociedad, pondrá los medios de producción en las manos adecuadas y, sobre todo, se preocupará de que haya una armonía constante entre la producción y el consumo. Hay instituciones que entre sus funciones tienen una determinada organización de la labor económica, son los bancos'. Estamos todavía lejos de que se cumplan estas palabras de Saint-Simon, pero ya nos hallamos en vías de lograrlo: es un marxismo distinto al que se imaginó Marx, pero distinto sólo en la forma".<sup>115</sup>

Excelente "refutación" de Marx, que retrocede desde el análisis científico preciso de Marx a la conjetura de Saint-Simon, conjetura genial, pero conjetura al fin y al cabo.